

Ciencia y literatura

Diego Golombek
Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Argentina



Diego Golombek. Foto de Andrés Pérez Moreno, cortesía de Siglo XXI



Diego Golombek es un científico argentino reconocido por su trabajo en divulgación de ciencia, especialmente por la colección de libros Ciencia que ladra. En marzo de este año estuvo visitando Medellín y tuvimos la oportunidad de conversar con él sobre su trabajo y de invitarlo a escribir en nuestra revista sobre la relación entre la ciencia y la literatura, un tema que nos inquieta ahora que nos hemos embarcado en la tarea de tener nuestro propio taller de escritura.

De la ciencia al arte hay un solo paso (pero...)

Comencemos por el principio: la ciencia es parte de la cultura, como el fútbol, como el arte, como la cocina... como la literatura, aunque parezca ser parte de otro mundo. No es ninguna novedad considerar las relaciones entre estos dos mundos: ya Aristóteles, da Vinci, William Blake, Goethe o Heisenberg dedicaron sedudas líneas a estos mundos en aparente conflicto. Pero lo cierto es que nos sigue pareciendo que transitan por caminos paralelos y alejados, y que, como buenas paralelas, no se tocan (al menos en nuestras geometrías de todos los días).

Podríamos pensar las relaciones entre ciencia y literatura comenzando, por supuesto, por la ciencia ficción que se nutre de ambas, en general hacia un futuro que no es el mejor. Hay de todos los tipos: la ciencia ficción de mañana o pasado, la de dentro de un rato y la de la época de los dinosaurios. Hay para especialistas y para lectores apasionados; hasta la hay para científicos, aunque, como dice Brian Aldiss, "Así como la literatura sobre fantasmas no está escrita para que la lean los fantasmas, la ciencia ficción no está destinada a los científicos".

Hay anticipaciones de lo más inquietantes (como los viajes de Verne o la realidad virtual de Stanislav Lem) y novelas o cuentos de introspección como el mejor Bradbury (qué importa que las *Crónicas Marcianas* ocurran en Marte, si lo que de verdad vale es que se trata de nosotros, hombres y mujeres que vivimos, sentimos y escribimos en cualquier parte del sistema solar y aledaños).

Pero no es el único ejemplo y, como buena actividad humana, la ciencia se cuele en todo recoveco en el que la literatura la deja (a veces pasa exactamente al revés, pero esa es otra historia). Se mete en los best-sellers de Michael Crichton (el de *Parque Jurásico* que, como buen ex-investigador de Harvard, llena sus novelas de gráficos, tablas y razonamientos hipotético-deductivos), se mete en las letras de Gilberto Gil (a escuchar su disco *Quanta*, por ejemplo, donde dice maravillas como que "*Sei que a arte é irmã da ciencia, Ambas filhas de um Deus fugaz*") y hasta en el tango (la frase "verás que todo es mentira" del tango *Yira, yira*, se parece peligrosamente a la paradoja de Zenón).

Tal vez un concepto interesante a introducir aquí sea el de "ciencia de contrabando": cuando se escribe un libro de ciencia o divulgación científica suele olvidarse lo primero: que se está escribiendo un libro, a secas, destinado a lectores que uno espera que lo disfruten apasionadamente. Lo mismo vale para la literatura en la que se cuelan conceptos científicos (lo que en la academia se suele llamar "ciencia en ficción") que ayudan a validar la trama y el goce de la lectura.

Pero lo más importante: si tanto la literatura como la ciencia nos permiten hundir la nariz en mundos nuevos, desconocidos y fascinantes, imaginen lo que puede suceder cuando van de la mano •

